

NECROLOGICA

MAURICE LEGENDRE (1878-1955)

El 12 de enero de 1955 falleció en Madrid el hispanista francés Maurice Legendre, «Don Mauricio», como él gustaba de ser llamado en las serranías de la Peña de Francia, de esta provincia de Salamanca, que tanto amó. Colaborador de nuestros CUADERNOS, ya en su primer número, a todos nos ha causado sincero pesar su muerte, y como homenaje al buen amigo nos parece no sólo oportuno sino conveniente dar a conocer a nuestros lectores lo que de Legendre acaba de escribir Robert Ricard, a quien agradecemos de antemano la atención que para nosotros ha tenido al autorizarnos a reproducir sus palabras en esta lengua española que tan bien conoció aquél, y en las que tan gentilmente son mencionados estos CUADERNOS.

Maurice Legendre, director de la Casa de Velázquez, muerto en Madrid el 12 de enero de 1955, después de una breve enfermedad, era el último superviviente de una generación de hispanistas en la que figuraban Georges Le Gentil y Henri Merimée. Llegó a los estudios hispánicos por un camino propio, muy personal siempre y frecuentemente inesperado. Su hispanismo no nace de un tradición familiar, ni es fruto de la influencia de un maestro, ni de una iniciación progresiva a lo largo de enseñanzas recibidas, ni de una de esas circunstancias imprevistas que, en ocasiones, nos descubren bruscamente nuestro verdadero camino. Su hispanismo es hijo de su voluntad de justicia

y de su probidad intelectual. «Nada me predestinaba a los estudios hispánicos»—escribió en una ocasión (1)—. Pero, lograda la Agregación en Historia y Geografía, había descubierto—esto ocurría entre 1903 y 1909—que nuestra enseñanza universitaria concedía a España una atención extrañamente insuficiente y vertía, a las veces, juicios hostiles o inconsiderados sobre su pasado y sobre su presente. Y quiso, como suele decirse «y aller voir». Hombre poco libresco tuvo que comenzar por la lectura, qué es lo más cómodo. Un amigo suyo—Jacques Chevalier—le prestó el *Idearium*, de Ganivet, lo que fué un gesto decisivo, no para la vocación de Maurice Legendre, que ya estaba decidida, sino para una orientación tan particular como iba a ser la suya, sobre todo en sus comienzos. Ganivet le llevó a Unamuno, Unamuno le atrajo a Salamanca y ésta, a su vez, le acercó a La Alberca, a las Batuecas, a las Jurdes, y a esa Peña de Francia, que se le apareció como el símbolo de la amistad franco-española, y donde tal vez repose un día su cuerpo, pues bien sabido es lo que ésta y aquéllas significaron en su propia vida.

Sería injusto e inexacto, sin embargo, decir que toda la España de Maurice Legendre era la de Unamuno, Salamanca y la Peña de Francia. Su *Portrait de l'Espagne* y otras páginas numerosas de su obra lo desmentirían. Pero es en aquéllas donde alienta una de sus originalidades, y donde es preciso buscar la entraña misma de su hispanismo personal. De cuanto dejó escrito son probablemente los numerosos artículos que dedicó a Unamuno los que mejor descubren la nota de un fervor más apasionado, y a lo largo de su descripción de la pungente miseria que desola la región de las Jurdes corre un temblor que no engaña en su autenticidad. Hay, podría decirse, una España de Maurice Legendre, que es una España continental, rural, esencialmente castellana y profundamente tradicional, la que él descubrió y exploró más tarde con amor y con paciencia, una España situada en los confines de León, de Castilla y de Extremadura, en la que su gusto por la vida de la naturaleza y por las realidades aldeanas podía expandirse a sus anchas. Pero—el mismo lo

(1) CUADERNOS DE LA CÁTEDRA MIGUEL DE UNAMUNO, I, 1948, pág. 30. Este artículo, titulado «Miguel de Unamuno, hombre de carne y hueso», pág. 24-55, es casi tan importante para el conocimiento de Maurice Legendre como para el de Unamuno. De él proceden algunas citas que se hacen más adelante.

recordó—, fué a Unamuno al que debió el no limitar su entusiasmo y su curiosidad a este aspecto del hispanismo. Unamuno, que «desde su celda de estudiante de Salamanca se comunicaba con el universo intelectual»—es Mauricio Legendre quien sigue hablando (2)—, le inició en muchos otros dominios, en el de Portugal, especialmente, donde le esperaban Camilo, Oliveira Martins y Guerra Junqueiro. Legendre, por lo que sabemos, no realizó más que un breve y rápido viaje a aquel país, pero de sus lecturas y de sus conversaciones con Unamuno, mantuvo por Oliveira Martins una admiración, casi excesiva a mi juicio, que no se entibió jamás, y una infatigable perseverancia en subrayar el papel desempeñado por Portugal en la historia de la civilización occidental, que él juzgaba demasiado olvidado. También fué Unamuno quien le inició en lo americano. «Don Miguel» nunca fué allí, pero mantenía estrechas relaciones en muchas repúblicas hispanoamericanas que acogían los artículos que enviaba a sus diarios y revistas, y de las que recibía un tropel de sus publicaciones. Y así, en un tiempo, en que salvo Ernest Martinenche, los hispanistas franceses no se interesaban apenas por el Nuevo Mundo, cuya existencia misma parecían ignorar, Maurice Legendre ampliaba sus horizontes hasta los países de Ultramar. En 1919, cuando yo mismo me preguntaba acerca del camino que debería seguir, fué él quien, no solamente me aconsejó entregarme definitivamente a los estudios hispánicos, sino que me animó a emprender investigaciones sobre la historia religiosa de Méjico.

La influencia de Unamuno es indudable, y el propio Legendre reconoció muchas veces su deuda. Lo que no empaña el vigor de una personalidad cuya robustez física y moral cautivaba a cuantos se le acercaban. Pero era preciso conocerle bien, y haberle tratado mucho para descubrir contrastes y complejidades que apenas aparecían al primer contacto. Los que sólo tuvieron con él relaciones superficiales podían fácilmente considerarle un espíritu dogmático y sin matices, dispuesto a las afirmaciones rotundas, un temperamento autoritario y de una pieza, un carácter rígido y casi «monolítico», un católico a «machamartillo», incapaz

(2) Artículo citado, pág. 38.

de la menor tolerancia, un nacionalista intemperante, insensible a todo cuanto no fuese la tradición de su propia patria. Algunos, después de haberle oído, le reprocharon que tenía «orejas». Realmente estos críticos también las tenían, y no eran las suyas las que le atribuían a Maurice Legendre, que, además, no las tuvo. Es cierto que él creyó en la necesidad de una disciplina y que permaneció fiel a ciertos principios en los que no transigía, pero para respetarlos se condenó voluntariamente a una dura soledad, de la que nunca se quejó, pues era un cristiano estoico, y que dejó una huella en su existencia. Además, y como es frecuente en hombres de su temple, tenía una inteligencia voluntariamente sistemática. Incompleto como filósofo —materia que durante algún tiempo enseñó en el Liceo Francés, de Madrid—, había elaborado toda una interpretación de la historia sobre una base teológica que es muy digna de consideración. Igualmente tuvo sus doctrinas literaria y estética. De ahí surgieron fácilmente no pocos malentendidos con los que le conocían poco o le encontraban de un modo casual. Seguramente no faltaba en tales malentendidos un humor imperturbable que no todos sentían. Y aunque, y muy en serio, Maurice Legendre expusiese apreciaciones sorprendentes o chocantes, que parecían expresión de un espíritu arbitrario, caprichoso e incluso irreflexivo, el hecho es que tales opiniones resultarían a veces difíciles de entender, porque representaban tan sólo fragmentos aislados o aplicaciones parciales de todo un sistema, al que habían de ser incorporados, y, como es evidente, no podía exponer siempre su autor a cada uno de sus interlocutores el conjunto de una doctrina en la que fundaba sus juicios particulares, o de detalle. Pero cuando se llegaba a conocer ese sistema todo resultaba más claro. Podía ser discutido, hasta rechazado como tal, pero es preciso reconocer que existía y que era fruto de una dilatada labor de reflexión y de meditación. Pues pocos hombres tuvieron el espíritu más libre y pocos también vivieron menos apoyándose en ideas hechas o pasivamente aceptadas. Sus ideas podían ser discutibles, pero le fueron propias siempre. Por eso desconcertaba fácilmente a los espíritus incapaces de un modo personal de pensar.

Esta inteligencia sistemática iba acompañada de una sorprendente capacidad de intuición. De ello tuve pruebas numerosas

veces, ya como testigo, ya como víctima, diríamos, de la rapidez y concisión con las que Maurice Legendre sabía descubrir la intención oculta y aun el designio inconsciente de un interlocutor o de un escritor. Era lo que primeramente descubría un observador atento y amistoso. Pero no lo único: pues, este hombre, que podía ser tenido por rudo, que no gustaba de los museos y que se burlaba de la «Literatura», supo unir a su extremado calor de amistad una rara sensibilidad física y estética. Recuerdo haberle oído decir que si se pudiese contemplar indefinidamente la fachada de la catedral de Salamanca, se podría ser indefinidamente dichoso. En 1919, con su habitual libertad de espíritu y anticipándose a recientes rehabilitaciones, trazó una defensa de Góngora (3). Y escribió frases como éstas, que sorprenderán a quienes no tuvieron ocasión de bucear en los pliegues complejos de su temperamento: «Es preciso haber estado allí (en Sevilla), entre millones de rosas, para darse cuenta del más dulce poder de la Naturaleza: esos millones de rosas os penetran de una embriaguez que llega, exaltándola, al alma» (4).

Católico a «machamartillo», nadie se engaña considerándole como tal. No vaciló en proclamarlo, y conocida es su gran admiración y amistad por los escritores o por los hombres que compartían esta fe suya, como Santa Teresa o como el famoso lazarista M. Pouget. Pero este católico a «machamartillo» nunca consideró que su religión pudiese ser un obstáculo ni para la amistad ni para la admiración. Exaltó a Oliveira Martins, a Gannivet, a Cournot, a Bergson; mantuvo una estrecha amistad con Albert Thomas—de la que tal vez procedía su debilidad por el socialismo—; y se entregó en cuerpo y alma a dos hombres, uno de ellos, su querido «Don Miguel», trágicamente agónico en su fe, y el otro, Pierre Paris, por entero ajeno a toda creencia positiva.

En fin, y esto es lo que más nos interesa ahora, este nacionalista impenitente—cuyo nacionalismo estuvo corregido mediante engarce indefectible a la universalidad del catolicismo—, este nacionalista impenitente consagró toda su vida a un país que no era el suyo. Y se la consagró sin especie alguna de absorción ni

(3) *Portrait de l'Espagne*, pág. 92, núm. 1. Utilizó la edición de París, 1923, pero el libro había sido anticipado en varios artículos, desde 1919, en la revista *Les Lettres*, dirigida por Gaëtan Bernoville.

(4) *Portrait*, pág. 34, núm. 1.

de mimetismo lo que fué otro de los motivos que causaron sorpresa a sus amigos. Después de treinta y cinco años de permanencia casi ininterrumpida en España, siguió siendo un francés típico, en su porte, su indumentaria, en muchas de sus costumbres, e incluso en su propio acento, cosa que le divertía y que no podía engañar sobre su nacionalidad al oído menos acostumbrado o más insensible a los matices fonéticos. Esto para él no contaba. Lo que contaba era lo esencial, mejor diríamos, lo eterno, de esa España que tan bien acertó a asimilarse, y que llegó a convertirle, en ocasiones, en más español que los propios españoles.

ROBERT RICARD

El lenguaje de Robert Ricard es un lenguaje de precisión, de claridad, de sencillez. Su estilo es limpio, directo, sin adornos superfluos. Se trata de un lenguaje que busca la eficacia comunicativa y que evita cualquier tipo de exageración o sentimentalismo. Su lenguaje es un reflejo de su personalidad y de su visión del mundo.

Robert Ricard es un escritor que ha sabido encontrar el equilibrio perfecto entre la claridad y la profundidad. Su lenguaje es un instrumento que le permite transmitir sus ideas con precisión y con fuerza. Su estilo es un ejemplo de cómo el lenguaje puede ser un instrumento de conocimiento y de transformación. Su lenguaje es un reflejo de su personalidad y de su visión del mundo.

El lenguaje de Robert Ricard es un lenguaje de precisión, de claridad, de sencillez. Su estilo es limpio, directo, sin adornos superfluos. Se trata de un lenguaje que busca la eficacia comunicativa y que evita cualquier tipo de exageración o sentimentalismo.